

“Para que tengan vida”

(Jn 10,10)

Reflexión sobre la vocación y las vocaciones en la Iglesia a la luz del testimonio de nuestros seminaristas mártires



Carta pastoral del Obispo de Getafe
Mons. Ginés García Beltrán

A watercolor illustration serves as the background for the text. It depicts a figure, likely a martyr, standing in a desert landscape under a bright yellow sun and a blue sky with soft clouds. The figure is dressed in a long, light-colored robe and holds a long, thin staff or cross. The ground is a mix of orange and yellow tones, with some green foliage at the bottom. The overall style is soft and artistic.

“Para que tengan vida”

(Jn 10,10)

Reflexión sobre la vocación y
las vocaciones en la Iglesia a la
luz del testimonio de nuestros
seminaristas mártires

Índice

P. 5	Introducción
P. 9	Capítulo I. El viaje del Papa León XIV a España: Un reconocimiento mutuo
P. 10	1. Un recorrido de gracia: momentos, gestos y encuentros significativos
P. 11	2. Enseñanzas principales de los discursos del Papa León XIV
P. 16	3. Resonancia espiritual y eclesial para nuestra Diócesis.
P. 19	Capítulo II. “Habla Señor, que tu siervo escucha” (1sam 3,9). La Vocación en la Sagrada Escritura
P. 20	1. Dios llama en la historia y la transforma en historia de salvación.
P. 20	2. La vocación tiene rostros propios en la Escritura.
P. 24	3. Elementos bíblicos esenciales de la vocación.
P. 27	Capítulo III. Del “quién soy” al “para quién soy” Una Iglesia vocacional y misionera
P. 28	1. Un cambio decisivo de pregunta
P. 28	2. Diagnóstico: una cultura sin vocación
P. 29	3. La certeza que sostiene: Dios sigue llamando
P. 30	4. Vocación y misión: un único dinamismo
P. 30	5. Vocación, carismas y ministerios: un pueblo llamado
P. 31	6. Una Iglesia que acompaña el paso del “quién soy” al “para quién soy”
P. 32	7. Por una cultura vocacional
P. 33	8. El testimonio de los santos, maestros de la vocación
P. 36	9. La vocación como respuesta concreta en la vida cotidiana



P. 37 | **Capítulo IV. Testimonio de vida y libertad.
Los nuevos beatos de la Diócesis**

P. 40 | Ángel Trapero Sánchez Real (1916-1936)

P. 40 | Miguel Talavera Sevilla (1918-1936)

P. 41 | Pablo Chomón Pardo (1914-1936)

P. 42 | Julio Pardo Pernía (1873-1936)

P. 45 | **Capítulo V. Una pastoral de la vocación
y de las vocaciones en nuestra Diócesis**

P. 46 | 1. Principios fundamentales
de una pastoral vocacional diocesana

P. 47 | 2. Sugerencias concretas para una pastoral vocacional viva

P. 53 | **Conclusión.
La llamada que Dios nos hace hoy**

P. 54 | Escuchar la voz de Dios en la propia vida

P. 54 | La vocación dentro de la vocación:
misión personal en la Iglesia

P. 55 | Responder como comunidad diocesana:
unidos, corresponsables, misioneros

P. 56 | Los mártires seminaristas:
guía y estímulo para una Iglesia más entregada

P. 56 | Envío para el nuevo curso pastoral





Introducción

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10). Con estas palabras, situadas en el corazón de la alegoría del Buen Pastor, el evangelista san Juan nos ofrece una de las síntesis más luminosas del misterio de Cristo y de la vocación cristiana. Son la clave hermenéutica de toda la misión de Jesús y, por tanto, de la vida de la Iglesia. En ellas se condensa la intención salvífica del Padre, la entrega del Hijo y la acción vivificadora del Espíritu. Y hoy, en nuestra diócesis de Getafe, resuenan con una fuerza particular, porque el acontecimiento que inspira esta carta —la beatificación de cuatro nuevos mártires, tres de ellos seminaristas— nos sitúa ante el testimonio más radical de quienes, configurados con Cristo Buen Pastor, entregaron su vida para que otros la tuvieran.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

La alegoría del Buen Pastor (Jn 10,1-18) es uno de los textos más densos y tiernos del cuarto evangelio. Jesús se presenta como el Pastor verdadero, el que conoce a sus ovejas y es conocido por ellas, el que las llama por su nombre, el que camina delante, el que las defiende de los lobos, el que da la vida por ellas. Frente a los pastores mercenarios, que huyen ante el peligro, Cristo se revela como el Pastor que permanece, acompaña y guarda, es el que conduce hacia la vida plena. En este contexto, la afirmación «para que tengan vida» adquiere su pleno significado: la vida que Cristo ofrece no es simplemente la existencia biológica, ni un bienestar psicológico, ni una mejora moral. Es la vida divina, la participación en la comunión del Padre y del Hijo, la vida eterna que comienza ya en el tiempo y se despliega en la historia de cada creyente como vocación por obra del Espíritu Santo.

Desde una perspectiva exegética, el verbo «tener» (ἔχωσιν) indica posesión real, no aspiración. Y el adjetivo «abundante» (περισσόν) remite a lo sobreabundante, a lo que desborda, a lo que supera toda medida humana. Jesús no viene a dar algo, sino a darse Él mismo; no pretende mejorar la vida, sino transformarla desde dentro, ofreciéndonos el único camino que conduce a la plenitud. La vida abundante es Cristo mismo, y la vocación cristiana consiste en acoger esa vida, dejar que configure nuestra existencia y responder a ella con libertad y amor.

El texto evangélico que da título a esta Carta se sitúa en continuidad con toda la revelación bíblica de la llamada. Dios llama para dar vida, desde Abraham, nuestro padre en la fe, al que llamó para hacer de él un pueblo, hasta la plenitud de los tiempos, cuando el Hijo Eterno del Padre asume nuestra condición humana, tomando nuestra carne, en el seno de la Virgen María; el Hijo del Hombre llamó a los discípulos para que fueran pescadores de hombres; llamó a Pablo para que anunciara el Evangelio a las naciones. En cada vocación, la iniciativa es divina y la finalidad es siempre la vida. Dios no llama para quitar, sino para dar; no llama para limitar, sino para ensanchar; no llama para exigir, sino para fecundar. Por eso, la vocación es siempre un acto de amor y una invitación a la plenitud.

La Palabra de Dios nos sitúa ante una pregunta decisiva: ¿cómo estamos acogiendo la vida que Cristo nos ofrece? ¿Cómo estamos respondiendo a la llamada que Él nos dirige cada día? La próxima beatificación de nuestros mártires ilumina esta pregunta con una luz particular. Ellos escucharon la voz del Buen Pastor y la siguieron con radicalidad. Su vida fue vocación, y su muerte, martirio, fue la expresión suprema de esa vocación. No buscaron la muerte, pero no renunciaron a la vida verdadera. Se aferraron a Cristo, y no a sus seguridades humanas. En ellos se cumple de manera plena la palabra del Señor: «El buen pastor da su vida por las ovejas» (Jn 10,11).

La beatificación de estos jóvenes seminaristas es un acontecimiento de gracia para nuestra diócesis, para la diócesis hermana de Madrid y para toda la Iglesia. Nos recuerda que la vocación no es una idea abstracta, ni un proyecto humano, ni una opción entre otras. Es una llamada concreta, personal, histórica, que pide respuesta. Ellos respondieron con generosidad, con valentía y con amor. Su testimonio nos invita a mirar nuestra propia vida desde la perspectiva de la vocación. Cada vida es vocación; cada cristiano es llamado; cada día es una oportunidad para renovar la respuesta. «Señor, ¿qué quieres de mí?» es la pregunta que está en el fondo de toda existencia cristiana. No se formula una vez, sino cada día, porque cada día la llamada se actualiza y la vida se abre a nuevas posibilidades de entrega.

Espiritualmente, este versículo nos invita a entrar en la dinámica del Buen Pastor: escuchar su voz, reconocerla, seguirla, confiar en Él, dejarnos conducir. La vida abundante no se conquista, se recibe; no se fabrica, se acoge. La vocación es siempre un diálogo entre la libertad de Dios y la libertad del hombre. Y en ese diálogo se construye la santidad, que es la vocación universal de todos los bautizados. Ser santo no es hacer cosas extraordinarias, sino dejar que Cristo viva en nosotros, permitir que la vida abundante transforme nuestra existencia cotidiana.

Este es un buen momento para mirar nuestra vida como vocación. La beatificación de nuestros mártires nos impulsa a ello. Su testimonio nos recuerda que la Iglesia es vocación: llamada por Dios, enviada al mundo, sostenida por el Espíritu. Y si la Iglesia es vocación, también



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

debe ser lugar donde las vocaciones nacen, crecen, se acompañan y se custodian. Por eso, esta carta pastoral quiere ser una invitación a repensar la pastoral de la vocación y de las vocaciones en nuestra Iglesia particular. No podemos conformarnos con una pastoral de mantenimiento; necesitamos una pastoral vocacional, que lleve hasta el final nuestros proyectos de iniciación cristiana y catecumenales, con audacia, creatividad misionera, que ayude a cada persona a descubrir la vida abundante que Cristo ofrece y la llamada concreta que Él dirige.

Finalmente, no podemos olvidar que toda pastoral vocacional esta llamada a crear una verdadera cultura vocacional, que no se planifica en función de la utilidad, del dinero, o de la comodidad, propias de la vida entendida como profesión, sino una cultura que mira al don, que mira a la existencia como llamada, y a la fe como respuesta. Una cultura que enseñe a los jóvenes a preguntarse «Señor, ¿qué quieres de mí?»; que acompañe a las familias en su misión de educar en la escucha; que sostenga a los sacerdotes y consagrados en su entrega; que anime a los laicos a descubrir su vocación dentro de la vocación. Una cultura que brote de la vida abundante que Cristo nos ofrece y que nuestros mártires han testimoniado hasta el extremo.

Quiero abrir esta carta con una reflexión sobre el acontecimiento que ha supuesto la visita apostólica del papa León XIV a España. Ha sido, sin duda, un momento histórico y, al mismo tiempo, un referente para nuestras Iglesias. La palabra y los gestos del pontífice han dejado una huella profunda en nuestras comunidades y trazan un mapa que orienta tanto nuestra reflexión como la acción pastoral de la Iglesia en los próximos años.



Capítulo I

El viaje del Papa León XIV a España: Un reconocimiento mutuo

El reciente viaje apostólico del Papa León XIV a España ha sido un acontecimiento de gracia en el que nos hemos visto confirmados en la fe por el Sucesor de Pedro; ha sido un momento en el que Papa ha querido acercarse a nuestra tierra para mirarla, escucharla, abrazarla y, en cierto modo, reconocerla. Y, al mismo tiempo, ha sido también la ocasión para que España —sus comunidades cristianas, sus familias, sus jóvenes, sus sacerdotes y consagrados— reconociera en el Papa la presencia viva del ministerio petrino, fundamento de unidad y garante de la fe apostólica. En definitiva, hemos descubierto a un Papa, León XIV, y el alma de un pueblo que creíamos se estaba diluyendo en este momento histórico.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

En este primer capítulo de mi carta pastoral dedicada a la vocación y las vocaciones en la Iglesia, he quiero dedicarlo al viaje pontificio a nuestro país por el significado histórico que tiene para nuestra Iglesia, y por la resonancia vocacional que nos inspira como pueblo de llamados a evangelizar esta tierra. Quisiera recoger, sin pretensión de exhaustividad, para lo que tendremos otras ocasiones, el significado de ese viaje, sus momentos más relevantes, las enseñanzas que el Papa nos ha dejado y la resonancia que todo ello tiene en concreto para nuestra diócesis de Getafe. Porque un viaje apostólico es siempre un acontecimiento pastoral, como gesto de comunión, y llamada a la conversión y a la misión. Y, en este caso, ha sido también un impulso para renovar nuestra conciencia como Iglesia, con una historia excepcional, un presente rico y abierto a un futuro donde tenemos que seguir anunciando el Evangelio, vocación de la Iglesia. Cada comunidad cristiana está llamada a ser tierra fértil donde la llamada de Dios pueda ser escuchada, acogida y acompañada.

1 Un recorrido de gracia: momentos, gestos y encuentros significativos

El viaje del Papa León XIV se desarrolló a lo largo de casi una semana de forma intensa, en la que el Santo Padre quiso encontrarse con diversas realidades de la vida eclesial y social de España. Desde su llegada a Madrid, donde fue recibido con un afecto multitudinario, hasta su despedida en Tenerife, pasando por las comunidades diocesanas de Barcelona, S. Felú de Llobregat, y Canarias, cada etapa estuvo marcada por gestos que revelan la cercanía del Papa, su sensibilidad pastoral y su deseo de escuchar y comprender la vida concreta de los fieles.

Ya en su primer discurso en el Palacio Real de Madrid ante las autoridades, expresó el sentido de su visita: “Vengo entre ustedes para confirmar, alentar e inspirar una renovada fidelidad de los creyentes al Evangelio, así como una reconciliación y una cooperación más profundas entre las distintas fuerzas de esta Nación”. Como ha hecho en muchos momentos de su visita hizo mención a nuestro origen y nuestra historia, recordándonos: “El vínculo antiquísimo entre la fe cristiana y esta tierra, si bien por un lado no agota la multiforme identidad de vuestro pueblo, por otro ha moldeado

Capítulo I. **El viaje del Papa León XIV a España:** Un reconocimiento mutuo

do profundamente su cultura y representa una fuente de esperanza y de orientación entre los desafíos que hoy, como familia humana, debemos afrontar juntos”.

Han sido muchos los momentos de gran impacto en la visita, las eucaristías celebradas, los momentos de oración, el encuentro con la sociedad civil y la cultura, los momentos con la comunidad eclesial, especialmente con los obispos, y el lugar privilegiado que ha tenido el mundo de la pobreza en sus distintos rostros, sobre todo, el de las migraciones en las Islas Canarias.

Pero la visita no solo ha estado marcada por los momentos organizados en la agenda, sino también por el encuentro espontáneo de un padre con sus hijos. El Papa se ha encontrado realmente con un pueblo que esperaba y lo reconocía en su humanidad y en su ministerio apostólico. Ha sido un verdadero reconocimiento mutuo. El Sucesor de Pedro nos cautivó anunciando el Evangelio evangélicamente.

2 Enseñanzas principales de los discursos del Papa León XIV

Los discursos el Papa durante su viaje han sido una verdadera catequesis para la Iglesia en España. Sin ninguna pretensión de exhaustividad, presento algunas líneas de esta enseñanza que, sin duda, han de iluminar nuestra vida eclesial. Dejamos hablar al Papa sin muchos comentarios por nuestra parte.

a) Reconocimiento de la fe y la historia del pueblo español

El Papa León XIV destacó la riqueza espiritual que España ha ofrecido a la Iglesia universal. Señaló que nuestra historia está marcada por una fe que ha generado místicos de talla universal —Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola— cuya experiencia de Dios sigue iluminando la vida cristiana. Recordó también a los evangelizadores y misioneros que llevaron el Evangelio a tantos pueblos, y subrayó la decisiva aportación de la Escuela de Salamanca, donde Francisco de Vitoria, Domingo de Soto



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

y otros maestros pusieron los fundamentos del derecho internacional y de la afirmación de la dignidad humana como principio universal. En ese reconocimiento expresó su agradecimiento a la aportación española: “expreso mi agradecimiento a vuestro país por su fidelidad al derecho internacional y al multilateralismo, que se traduce en un compromiso activo con la paz y la solidaridad entre los pueblos. Al mismo tiempo, animo a cultivar también en su interior el diálogo y la amistad social, a tener en cuenta las perspectivas de los pobres y los jóvenes al imaginar el futuro, a armonizar las demandas de autonomía y de unidad, y a impulsar el proceso de unión europea, no en oposición a otras potencias, sino como un don para toda la familia humana”.

b) Una Iglesia de piedras vivas que tiene como fundamento a Cristo.

En este viaje apostólico de león XIV a España han sido fundamentales los momentos de oración, las eucaristías, las vigiliyas, la oración mariana.

En la Sagrada Familia de Barcelona el hecho de ser en una obra todavía en construcción nos recuerda “cómo la vida cristiana es siempre un camino, porque se trata de un proyecto que Dios lleva a cabo”. Y añadió: “No habitamos, pues, una obra inacabada, sino un templo aún en construcción. Su imperfección no es un defecto, porque da testimonio de un deseo; no significa una carencia, sino que expresa una promesa que queremos honrar con coherencia”. Mirando a Cristo, simbolizado en la cruz de la torre que inauguró esa noche, la Iglesia debe mirar a Cristo para ser fiel a su misión, y “mirando a Cristo podemos ver el mundo con ojos renovados”.

En las Palmas de Gran Canaria vuelve nuevamente la mirada a Cristo y a su corazón traspasado. El corazón del Señor es la prueba más grande de su amor entregado. Es el “rostro de Dios enamorado, que anhela total y constantemente nuestro bien y nuestra felicidad plena, que nosotros reconocemos el camino de la vida, aprendiendo un nuevo modo de existir y de relacionarnos, un criterio diferente para evaluar las decisiones, un estilo renovado y estimulante de hacer comunión”. Y nosotros, los cristianos, “somos la presencia viva del Señor en el mundo (cf. *Lumen gentium*, 8)”.

Capítulo I. El viaje del Papa León XIV a España: Un reconocimiento mutuo

En la Eucaristía celebrada en Tenerife, último momento de su visita, vuelve a recordar al Corazón de Jesús que “se deja contemplar por nosotros como el corazón de la historia”. “El Corazón de Jesús nos revela cómo no perdernos en un dinamismo estéril: *«Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él»* (1 Jn 4,9). Hay vida cuando se da vida. De otro modo, se gira en el vacío”.

Dejo para el final la encomienda que nos deja el Papa en su homilía en la plaza de Cibeles, hablando de la Eucaristía como “el don de la presencia viva de Cristo en medio de nosotros”, y la invitación a “volver a las raíces de la fe para renovar el amor y la fidelidad a Dios”. Y aquí viene la encomienda que acogemos como una verdadera llamada a nuestra Iglesia: “He aquí una encomienda para la España de hoy y de mañana: que la religiosidad que desde hace siglos anima este país no sea un museo del pasado que visitar, sino una escuela de fe de la que beber también hoy. Una escuela que nos enseña a arrodillarnos ante Dios y ante el prójimo, porque nadie puede arrodillarse ante el Señor y despreciar al hermano; una escuela que nos enseña la gratitud del amor que se hace don, para que circule entre nosotros y rompa las cadenas de todo egoísmo; una escuela de la que aprendemos que Dios es presencia real y que también nosotros estamos llamados a estar presentes en las situaciones y en los desafíos de la sociedad, a no huir, a comprometernos personalmente en la construcción del bien común”.

c) A los jóvenes: “¡Buscad siempre la verdad! ¡Dios es verdad! ¡Si te lleva lejos de Dios, no es verdad”

Dos momentos de la visita papal marcan su encuentro con los jóvenes, en la castellana de Madrid, y en el estadio de Montjuic en Barcelona. Hay frases que especialmente incisivas y para la reflexión, no solo para los jóvenes: “Sed profundamente humanos”, es la misión que el Papa encomienda a los jóvenes; y otras palabras que transcribo: “Nuestro deseo de verdad y de felicidad necesitan un horizonte más grande”, “a pesar de las dificultades, el lugar en el que Dios se hace presente y donde debemos encontrar sus huellas es siempre en la realidad donde nos encontramos”; “En el silencio comprendemos que las ideologías pasan, mientras la verdad permanece”; “nadie está solo creyendo en Jesús”; “me ilusiona pensar



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

en la capacidad que tenéis de testimoniar a Cristo en el mundo, incluida la realidad digital, para comunicar los valores y la belleza del Evangelio”; “el dolor pone a prueba la fe y el sentido que le damos a la vida”, “no debemos espiritualizar el dolor, reconduciéndolo superficialmente a la “voluntad de Dios” o a algún misterioso proyecto suyo, porque esto corre el riesgo de minimizar ese sufrimiento, de silenciarlo, de herir a las personas. Dios no quiere el sufrimiento, lo lleva con nosotros y nos invita a confiar en Él de modo perseverante”, “¿debemos preguntarnos “dónde estaba Dios” o debemos interrogarnos sobre el hombre y sobre la humanidad, sobre cómo a veces somos prisioneros del mal hasta llegar a ser violentos con los demás, sobre cómo no logramos cultivar el amor y respetar a los demás en su dignidad y libertad?”. “Sed misioneros del Evangelio ante las pobreza materiales y espirituales de nuestro tiempo, sabiendo bien que nuestra fe es un estilo de vida que se cumple en la caridad (cf. Ga 5,6). “Ésta, queridos jóvenes, es la virtud que cambia la historia más que ninguna otra. ¡Vosotros podéis cambiar la historia! ¡Hacedlo con el amor!”.

Estas palabras a modo de puzles han de marcar el camino de una iglesia joven y misionera. Os invito a pensar en ellas y a ponernos en camino.

d) La política al servicio del hombre y de su dignidad

En el Parlamento el Papa quiere transmitir “una palabra ofrecida desde el servicio a la persona”, y se pregunta ante el poder legislativo de nuestro país: “qué concepción de la persona humana inspira las leyes y qué tipo de sociedad construye esas leyes”, y hace un recorrido por nuestra posición en el escenario del mundo y por nuestra historia, volviéndose a la Escuela de Salamanca, para resumir: “Ésta es una de las grandes herencias de España: haber unido la acción histórica con la lucidez de la razón moral (...) Ese legado vive también en estas Cortes, cada vez que el legislador se pregunta cómo hacer que lo posible sea justo, que lo legal sea verdaderamente humano y que la voluntad de la mayoría custodie aquellos bienes que pertenecen a todos y respete aquello que ninguna mayoría puede legítimamente vulnerar”, nuestro discernimiento debe centrarse ante los nuevos retos en el lugar que ocupa la persona humana en nuestra decisiones. “Toda sociedad auténticamente justa se edifica sobre el reconocimiento de la dignidad inviolable de la persona humana. Tal dignidad

Capítulo I. El viaje del Papa León XIV a España: Un reconocimiento mutuo

precede a toda concesión del Estado y no puede quedar subordinada a consensos sociales mudables o al vaivén de las mayorías de cada momento". El Papa aboga por la dignidad de la persona y por el bien común, que la Iglesia proclama a partir de la Revelación, y la razón humana puede reconocerla como exigencia inscrita en la verdad del hombre. Habla de la polarización y contra la guerra. Y termina: "Les invito a alzar, pues, la mirada: no para alejarse de la realidad, sino para recordar que toda decisión de las autoridades públicas toca personas de carne y hueso, especialmente a quienes tienen menos fuerza para hacerse oír. Porque la altura de miras consiste precisamente en mirar con más hondura aquello que está en juego en cada decisión pública. Por eso, junto a las respuestas técnicas y las reformas legales, hace falta también una renovación moral".

e) Migraciones: reto decisivo del siglo XXI

En Canarias, particularmente, habló del tema de las migraciones, y lo hizo al pie de la calle, junto a los que sufren este drama humano, uno de los desafíos más grandes de nuestro tiempo. En el puerto de Arguineguín, en las Palmas de Gran Canaria, dijo: "Hoy, junto al mar, la Palabra vuelve a ser concreta (...) Aquí el Evangelio nos arranca del lugar cómodo del espectador y nos sitúa ante el hermano que llega. Nos pregunta si hemos sabido reconocer a Cristo en quienes desembarcan marcados por el miedo, el hambre, la violencia, después del desierto, de la noche y del mar". Es un grito el Papa, "la Iglesia no puede desentenderse", y nos invita a la "conversión de la mirada". Este drama, según León XIV, tiene que convertirse en un examen de conciencia. Todos debemos dejarnos interpelar, debemos inclinarnos ante la dignidad de estas personas y no pasar de largo. Pide el pontífice: "La dignidad humana exige vías legales y seguras, rescate y asistencia, cooperación real contra los traficantes, protección efectiva a las víctimas, procesos serios de acogida e integración, y políticas que permitan a cada persona vivir con dignidad en su propia tierra. Si bien existe un derecho a buscar refugio cuando la vida es amenazada, también existe el derecho a no tener que migrar: el derecho a permanecer en la propia casa (...). La dignidad no tiene pasaporte ni pierde valor al cruzar una frontera". Necesitamos "la valentía de la misericordia". Y una llamada a los católicos desde la isla de Tenerife: "A los católicos quiero pedirles algo más: que la integración no quede reducida a una tarea social, por necesaria que sea.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Quien llega a nuestras parroquias necesita pan, techo, lengua, trabajo y protección; y también debe encontrar una comunidad capaz de ofrecer, con el testimonio de la vida y de la palabra, caminos para conocer a Jesucristo, respetando siempre la conciencia y la libertad de cada persona. Evangelizar es compartir con respeto y humildad el tesoro que sostiene nuestra acción y nuestra esperanza. Una Iglesia que acoge es también una Iglesia que anuncia, ofreciendo a Cristo sin imponerlo y que, al mismo tiempo, recibe el Evangelio de manos de los pobres”.

Quiero terminar este resumen de las palabras y con las palabras del Papa con un llamamiento hecho a los obispos de España, pero dirigido a toda la Iglesia: “El ministerio del obispo asume una responsabilidad peculiar. Estamos llamados a ser principio visible de comunión, en primer lugar, de la comunión con Cristo, custodiando con amor la fe recibida, en docilidad a la Palabra de Dios y a la Tradición viva de la Iglesia; después, en la comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia universal, con el presbiterio y con la propia comunidad diocesana, con la vida consagrada, con los movimientos, con las asociaciones y con cada carisma auténtico que el Espíritu dona para la edificación común. Vuestra misión os reclama custodiar la unidad, favorecer el diálogo, sanar las fracturas y acompañar el camino del pueblo encomendado a vuestro cuidado. La comunión vivida de ese modo posee también una fuerza misionera. Una Iglesia reconciliada por dentro puede hablar con mayor libertad a los hermanos de otras confesiones cristianas y de otras religiones, a los que no creen, a las autoridades civiles y a todos los hombres de buena voluntad que trabajan por el bien común”.

3 Resonancia espiritual y eclesial para nuestra Diócesis.

La visita del Papa León XIV ha dejado en nuestra diócesis de Getafe una huella profunda, dada la inmediatez. Somos muchos los que hemos podido ver al Papa de cerca, lo hemos podido saludar, y, sobre todo, hemos escuchado sus palabras como verdadera enseñanza. Ha sido para nosotros un verdadero estímulo para mirar el presente con esperanza y proyectar el futuro con renovado entusiasmo. Sus palabras, sus gestos y su cercanía

Capítulo I. **El viaje del Papa León XIV a España:** Un reconocimiento mutuo

han actuado como un soplo de aire fresco que nos invita a releer nuestra vida diocesana y a emprender con decisión el camino que se abre ante nosotros en este nuevo curso pastoral.

En primer lugar, este viaje nos anima a fortalecer la vida espiritual de nuestras comunidades. La presencia del Sucesor de Pedro nos ha recordado que la Iglesia crece desde la oración, desde la escucha de la Palabra y desde la celebración viva de la fe. Por eso, este curso pastoral se presenta como una oportunidad para revitalizar nuestras parroquias, para cuidar los espacios de silencio y adoración, y para fomentar una espiritualidad que sostenga la vida cotidiana de los fieles.

En segundo lugar, la visita del Papa nos impulsa a reforzar la comunión eclesial. Hemos experimentado la alegría de sentirnos parte de una Iglesia grande, universal, que camina unida y que se reconoce en la voz del Pastor que la confirma en la fe. Este curso pastoral puede ser un tiempo privilegiado para crecer en corresponsabilidad, para estrechar la colaboración entre parroquias, arciprestazgos, movimientos y comunidades, y para cultivar una auténtica cultura del encuentro dentro de nuestra diócesis.

En tercer lugar, el viaje apostólico nos invita a renovar nuestro compromiso evangelizador. El Papa nos ha recordado que la Iglesia existe para anunciar el Evangelio y para acompañar a cada persona en su búsqueda de sentido. Su paso por España ha sido un estímulo para salir de nuestras seguridades, para abrir nuestras puertas y para acercarnos con humildad y alegría a quienes viven en las periferias existenciales. Este curso pastoral puede convertirse en un tiempo de creatividad misionera, de iniciativas nuevas y de presencia cercana en los ambientes donde la fe necesita ser sembrada de nuevo, o no ha llegado todavía.

En cuarto lugar, la visita del pontífice nos alienta a cuidar la vida comunitaria y familiar. Sus gestos de cercanía hacia las familias, los ancianos, los niños y los jóvenes nos han recordado que la Iglesia es hogar, es familia de familias, es espacio donde cada persona puede encontrar consuelo, acompañamiento y esperanza. Este curso pastoral nos ofrece la ocasión de fortalecer nuestras comunidades como lugares de acogida, de escucha y de fraternidad.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Finalmente, el viaje del Papa León XIV nos invita a mirar el futuro con confianza, alzando la mirada como decía el lema de la visita. No como quien espera pasivamente, sino como quien se siente llamado a construir, a sembrar, a colaborar en la obra que Dios realiza en medio de su pueblo. La resonancia de esta visita no debe quedar en un recuerdo emotivo, sino transformarse en un dinamismo que inspire nuestras decisiones, nuestras prioridades y nuestro estilo pastoral durante este año que comenzamos.



Capítulo II

**“Habla Señor,
que tu siervo escucha”** (1sam 3,9).

La Vocación en la Sagrada Escritura

La Sagrada Escritura es, ante todo, el gran relato de la **llamada de Dios**. Desde el primer instante en que el Señor pronuncia su Palabra creadora (cf. Gn 1,3; Sal 33,9; Jn 1,1-3), comienza un diálogo que atraviesa la historia humana y que se concreta en personas, en rostros, en nombres. La Biblia no es simplemente un libro de enseñanzas morales o un conjunto de narraciones piadosas: es la memoria viva de un Dios que **llama**, que **sale al encuentro**, que **confía una misión**, que **espera una respuesta**. Por eso, acercarse a la vocación en la Escritura es entrar en el corazón mismo de la historia de la salvación, donde cada acontecimiento es una invitación a descubrir cómo Dios actúa, cómo se comunica y cómo transforma la vida de quienes escuchan su voz.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

1 Dios llama en la historia y la transforma en historia de salvación.

La historia, como historia de salvación, no avanza por la fuerza de los acontecimientos políticos, ni por la evolución de las culturas, ni por el simple paso del tiempo, aunque se sirve de ellos y les confiere un significado nuevo. Avanza porque Dios **llama** y el ser humano **responde**. Cada etapa de la revelación está marcada por una vocación que inaugura un camino nuevo: la llamada de Abraham abre la historia del pueblo elegido; la de Moisés inaugura la liberación; la de Samuel renueva la profecía; la de María introduce la Encarnación; la de los discípulos funda la Iglesia; la de Pablo extiende el Evangelio hasta los confines del mundo.

La vocación es, por tanto, el cauce interior de la historia de Dios con su pueblo. No es un elemento secundario ni un fenómeno aislado, sino el modo habitual en que Dios actúa. Él no impone, no fuerza, ni domina: llama. Y al llamar, crea un espacio de libertad donde la persona puede acoger su Palabra y dejar que esta transforme su vida. La vocación es siempre un acontecimiento de gracia, pero también un acontecimiento de libertad. Dios llama, pero el hombre decide si quiere ponerse en camino.

La llamada divina es también un dinamismo que desinstala. Quien escucha a Dios no permanece igual. La vocación rompe seguridades, abre horizontes, despierta preguntas, suscita búsquedas. Es una fuerza que impulsa hacia adelante, que orienta la vida hacia una misión que supera los propios límites. Por eso, toda vocación es un acto de confianza de Dios en el ser humano: Él ve más allá de nuestras fragilidades y nos invita a participar en su obra.

2 La vocación tiene rostros propios en la Escritura.

La Biblia está poblada de historias vocacionales que iluminan el camino de cada creyente. No son relatos del pasado, sino espejos donde podemos reconocer nuestras propias búsquedas y temores, nuestras resistencias y esperanzas. Cada vocación bíblica revela un aspecto del modo en

Capítulo II. **“Habla Señor, que tu siervo escucha” (1sam 3,9).** La Vocación en la Sagrada Escritura

que Dios llama y del modo en que el ser humano responde. Traigamos algunas de estas vocaciones:

Abraham o el «Sal de tu tierra» (Gn 12,1-9)

La vocación de Abraham es el paradigma de toda llamada. Dios le dice: *«Sal de tu tierra»*. Es una invitación radical a abandonar lo conocido, lo seguro -la propia “zona de confort” -que diríamos hoy-, lo que da identidad. Abraham no recibe un mapa, ni una explicación detallada, ni una garantía humana. Solo recibe una promesa: *«Haré de ti un gran pueblo»*. La vocación comienza siempre así: con una palabra que abre un futuro y que pide confianza.

Abraham responde con un acto decisivo: se pone en camino. La vocación es movimiento, es éxodo, es dejar atrás para recibir. En Abraham descubrimos que Dios llama para hacer fecunda la vida, para convertirla en bendición para otros. Su vocación no es solo personal: es el origen de un pueblo, de una historia, de una misión universal. En él aprendemos que la llamada de Dios nunca se reduce a un beneficio individual, sino que siempre tiene una dimensión comunitaria.

La llamada exige totalidad. Dios le pide a Abraham lo que el mismo le ha dado, la entrega de su propio hijo que es la garantía de la promesa; puede parecer incomprensible, pero Dios siempre cumple su promesa en nuestro abandono a su voluntad

Moisés, liberador y guía del pueblo

La vocación de Moisés nace en el misterio de la zarza ardiente (cf. Ex 3,1-6). Dios se revela como el que ve la opresión de su pueblo y decide intervenir. La llamada de Moisés está profundamente unida a la liberación: Dios lo envía para sacar a Israel de la esclavitud. Moisés, sin embargo, se siente incapaz: *«¿Quién soy yo para ir al faraón?»*. La vocación no exige cualidades extraordinarias, sino disponibilidad.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Dios responde a sus temores con una promesa decisiva: «*Yo estaré contigo*». Esta es la esencia de toda vocación: no se fundamenta en la fuerza del llamado, sino en la presencia del que llama. Moisés se convierte en guía del pueblo, en mediador, en profeta. Su vida queda marcada por la misión de conducir a Israel hacia la libertad. En él descubrimos que la vocación implica asumir responsabilidades, cargar con el pueblo, caminar con paciencia, interceder sin descanso.

Samuel, la escucha obediente

La vocación de Samuel es una de las más hermosas de la Escritura (cf. 1Sam 3,1-21). Dios lo llama en la noche, cuando aún es un niño. Samuel no reconoce la voz, pero está dispuesto a escuchar. Con la ayuda de Elí aprende a responder: «*Habla, Señor, que tu siervo escucha*». Esta frase resume la actitud fundamental de toda vocación: la escucha obediente.

Samuel se convierte en profeta porque sabe escuchar. Su misión nace de su capacidad de abrir el corazón a la Palabra. En él descubrimos que la vocación no es solo un acto inicial, sino un estilo de vida: escuchar cada día, discernir cada palabra, obedecer cada llamada. La vocación es un diálogo continuo.

Isaías y Jeremías, los profetas son enviados

La vocación profética es siempre dramática, porque implica hablar en nombre de Dios en medio de un pueblo que a menudo rechaza la verdad. Isaías experimenta la santidad de Dios y se siente indigno: «*Soy un hombre de labios impuros*». Pero Dios purifica sus labios y lo envía: «*¿A quién enviaré?*». Isaías responde: «*Aquí estoy, envíame*» (Is 6,8). La vocación profética nace de la experiencia de la santidad y de la disponibilidad para ser enviado.

Jeremías, por su parte, siente el peso de su juventud y su fragilidad: «*No sé hablar, soy un muchacho*» (Jer 1,6). Dios le asegura: «*Antes de formarte en el vientre te conocí*» (Jer 1,5). La vocación es anterior a la existencia misma: Dios llama desde la eternidad. Jeremías recibe una misión difícil, pero Dios le promete que estará con él para librarlo. En estos profetas descubrimos

Capítulo II. “Habla Señor, que tu siervo escucha” (1sam 3,9). La Vocación en la Sagrada Escritura

que la vocación implica valentía, fidelidad, perseverancia en medio de la incomprensión.

María acoge y engendra la Palabra

La vocación de María es única. Ella no solo recibe una misión: recibe la Palabra hecha carne. Su vocación es doble: acoger y engendrar. María escucha el anuncio del ángel y responde con una disponibilidad total: *«Hágase en mí según tu palabra»*. En ella descubrimos que la vocación es, ante todo, acogida: dejar que Dios actúe, permitir que su Palabra transforme la vida. En la actitud de la Virgen de Nazaret se nos revela la esencia misma de la fe: confianza, abandono, la obediencia de la fe.

Pero María también vive la vocación dentro de la vocación: ser madre del Hijo de Dios implica acompañarlo, contemplarlo, seguirlo, estar junto a la cruz, recibir el Espíritu en Pentecostés. María es Madre y Discípula. Su vocación no se agota en el momento de la Anunciación, sino que se despliega a lo largo de toda su vida. En María vemos que la vocación es un camino que se recorre día a día, en fidelidad creativa.

Los discípulos: “Venid y seguidme”

La llamada de Jesús a los discípulos es directa y exigente. Comienza siempre por un *«para estar con Él»* (Mc 3,14): la relación personal e íntima con el Maestro es el fundamento que sostiene y hace crecer toda vocación. Sin Él, el discípulo nada puede hacer, no puede siquiera mantenerse en pie. Solo después viene el seguimiento: *«Venid y veréis»* (Jn 1,39). Jesús no ofrece explicaciones, ni promete recompensas inmediatas, ni presenta un plan detallado. Invita simplemente a seguirlo, a entrar en una experiencia que es menos cuestión de saber que de gustar. La vocación cristiana nace del encuentro con Cristo y se define por la relación viva con Él. Por eso los discípulos dejan las redes, la mesa de impuestos, la vida anterior, y se ponen en camino... y lo hacen inmediatamente, sin reservas.

La vocación apostólica es comunitaria: Jesús llama a un grupo, no a individuos aislados. La misión nace de la comunión. Los discípulos aprenden



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

de Jesús, conviven con Él, son enviados por Él. En ellos descubrimos que la vocación implica dejar atrás, caminar con Cristo, aprender de Él, anunciar su Reino, servir a los hermanos.

Pablo, el perseguidor convertido en apóstol y llamado a la misión universal

La vocación de Pablo es un acontecimiento de gracia que transforma radicalmente su vida (cf. Hch 22,6-10). Camino de Damasco, Cristo se le revela y le pregunta: «¿*Por qué me persigues?*». La vocación nace de un encuentro que derriba seguridades y abre un horizonte nuevo, cambia la vida y su orientación. Pablo pasa de perseguidor a apóstol, de enemigo a testigo, de fariseo celoso a misionero universal.

Su vocación está marcada por la misión: anunciar el Evangelio a los gentiles, fundar comunidades, acompañarlas, sufrir por ellas. Pablo vive la vocación como entrega total, como pasión por Cristo, como ardor misionero, hasta hacer que para él la vida es Cristo (cf. Flp 1,21). En él descubrimos que la vocación puede surgir en medio de la resistencia, que Dios puede transformar lo imposible en misión fecunda.

3 Elementos bíblicos esenciales de la vocación

De todas estas historias emergen algunos elementos fundamentales que iluminan la vocación cristiana y, por tanto, la pastoral vocacional de la Iglesia.

Dios llama por el nombre

La vocación es siempre personal. Dios no llama en masa, no convoca anónimos, no elige números. Llama por nombre. Abraham, Moisés, Samuel, María, Pedro, Pablo... Cada uno es llamado de manera única. Dios conoce la historia, las heridas, los talentos, los miedos de cada persona. La vocación es un acto de amor personalísimo.

Capítulo II. **“Habla Señor, que tu siervo escucha” (1sam 3,9).** La Vocación en la Sagrada Escritura

La vocación nace del encuentro

La vocación nace siempre de un encuentro que desborda las previsiones humanas. No es una idea que se impone ni un proyecto que uno diseña, sino la irrupción de un Alguien que se adelanta y abre un horizonte inesperado. En ese momento, la vida recibe una forma nueva: lo que antes parecía suficiente se revela pequeño, y lo que parecía imposible se vuelve deseable. La llamada no se apoya en las capacidades del llamado, sino en la fuerza creadora de quien convoca. Por eso, la vocación transforma; no solo orienta, sino que recrea. Allí donde Dios se hace presente, el corazón descubre una identidad que no sabía que tenía y una misión que no habría imaginado. Ese encuentro fundante —íntimo, personal, irrepetible— es el origen de toda respuesta auténtica y el punto desde el que la Iglesia comprende la grandeza de cada vocación.

La misión brota de la identidad recibida

Dios no llama para cubrir carencias, sino para manifestar quién es realmente la persona ante su mirada. La llamada no añade algo externo, sino que desvela una verdad profunda que estaba esperando ser pronunciada. En el encuentro con el Señor, cada uno descubre que su vida tiene un nombre y una forma que solo Él puede revelar: el que escucha se convierte en servidor; el que acoge se vuelve testigo; el que se deja tocar por la gracia se transforma en signo vivo de la presencia de Dios. La misión no es un encargo añadido, sino la expresión natural de esa identidad nueva que brota del encuentro. Por eso, vocación y misión no se separan. La vocación es identidad que se despliega en misión.

La llamada es siempre para el servicio

Toda vocación es servicio. La vocación nunca es autorreferencial. Dios llama para que la vida se convierta en don para otros. La pastoral vocacional debe ayudar a descubrir que la vocación es siempre un camino de servicio humilde y generoso.

La Sagrada Escritura nos muestra que la vocación es el modo en que Dios conduce la historia y transforma la vida de quienes escuchan su voz.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Cada llamada es un acto de amor, un encuentro que abre un camino, una misión que fecunda la vida. En estas páginas bíblicas encontramos luz para comprender nuestra propia vocación y para acompañar la vocación de otros. La Iglesia, al contemplar estas historias, aprende a escuchar, a discernir, a enviar, a sostener. Y cada creyente descubre que Dios sigue llamando hoy, con la misma fuerza y ternura con que llamó a Abraham, a Moisés, a María, a los discípulos y a Pablo.



Capítulo III

Del “quién soy” al “para quién soy” Una Iglesia vocacional y misionera

Como hemos podido ver en la Sagrada Escritura, la vocación es uno de los grandes hilos conductores de la revelación cristiana y de la vida de la Iglesia. Es la estructura fundamental de la existencia cristiana, somos llamados a la existencia y a la vida en Dios. Todo en la vida del creyente —su origen, su camino, su misión, su destino— está marcado por una llamada. Dios llama, y el ser humano responde. Esta dinámica, tan sencilla y tan profunda, constituye el corazón de la fe. En este capítulo queremos contemplar la vocación desde la luz que nos proporciona la enseñanza y la vida de la Iglesia, así como el testimonio de los santos, para comprender cómo esta llamada divina se convierte en forma concreta de vida, en misión, en entrega y en santidad.

Nos sirve de guía el Magisterio reciente de la Iglesia, ya sea el conciliar como el de los últimos Papas. Del mismo modo, queremos adentrarnos y llevar a la reflexión de nuestra diócesis el Congreso sobre las vocaciones, “¿Para quién soy? Asamblea de llamados para la misión”, organizado por la Conferencia Episcopal Española, en febrero de 2025.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

1 Un cambio decisivo de pregunta

«Muchas veces —nos dice *Christus vivit*—, en la vida, perdemos tiempo preguntándonos: “Pero, ¿quién soy yo?”; no llegamos, sin embargo, a la pregunta fundamental: “¿Para quién soy yo?”. Eres para Dios, sin duda. Pero Él quiso que seas también para los demás, y puso en ti muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para ti, sino para otros» (ChV 286).

Estas palabras del papa Francisco señalan con claridad el paso decisivo que la Iglesia está llamada a promover hoy: del repliegue identitario al dinamismo del don; del “quién soy” al “para quién soy”. Esta es la clave de toda vocación cristiana y, por tanto, de toda misión. La pregunta “¿para quién soy?” abre la existencia al misterio de Dios y al proyecto que Él ha soñado para cada uno. Y el Papa Francisco nos exhorta en el mensaje enviado al Congreso: «No tengan miedo y abandónense a la voluntad divina, el Espíritu los sorprenderá a cada paso, haciéndoles bajar del tren de la vida, como a santa Teresa de Calcuta, para reducir las distancias que los separan de Dios y del hermano, para cambiar sus rumbos y encontrar a Jesús en el abrazo de aquel al que son enviados».

La vocación es siempre un movimiento hacia el otro. Es apertura, donación, envío. Por eso, una Iglesia vocacional es necesariamente una Iglesia misionera.

2 Diagnóstico: una cultura sin vocación

Es verdad que vivimos un tiempo en el que faltan los sacerdotes y consagrados necesarios para la misión inmensa de la Iglesia; tendríamos que preguntarnos el por qué, lo que nos llevaría a una realidad más profunda: es la falta de vidas entendidas y vividas como vocación. La crisis es antropológica, resalta una de las ponencias del Congreso de las vocaciones. El paradigma dominante es el de “personas sin vocación”, porque cada uno debe inventarse un propósito, fabricarse un sentido, decidir autónomamente qué quiere ser. Lo vocacional se reduce a una elección técnica, a un ejercicio de autonomía donde cada uno establece sus propias reglas.

Capítulo III. “Del “quién soy” al “para quién soy” Una Iglesia vocacional y misionera

Esta situación tiene raíces profundas:

- **Una libertad mal entendida**, que reclama independencia absoluta, pero carece de la capacidad real de optar, renunciar, elegir y asumir responsabilidades.
- **La aceleración de la vida**, que nos encierra en un presentismo sin horizonte, donde solo importa la satisfacción inmediata de los deseos.
- **La fragilidad afectiva**, que orienta la vida únicamente por lo que “me va”, “me hace sentir bien”, reduciendo la existencia a un mundo emocional sin consistencia.
- **La falta de herramientas básicas para vivir**, una ausencia de “gramática elemental” de la existencia que deja a los jóvenes desorientados, sin tierra firme, sin criterios para conducir su vida.
- **El relativismo y la volatilidad**, que convierten al sujeto en una veleta movida por el viento del momento.
- **Heridas profundas**, que se manifiestan en soledad, vacío existencial, miedo al futuro, desasosiego, falta de sentido... hasta llegar, en casos extremos, a no querer vivir.

La cultura actual es, en muchos aspectos, **anti vocacional**: exalta el bienestar individual, absolutiza la libertad sin vínculos y debilita las virtudes necesarias para responder a una llamada. La emancipación del individuo ha descarrilado: nos ha dado alas, pero ha cortado las raíces. El resultado es individualismo, vínculos frágiles, soledad en medio de la hiperconexión y una vida sin proyecto.

3 La certeza que sostiene: Dios sigue llamando

Pero esta realidad actual descrita, no nos puede acobardar, ni dejar sin recursos: tenemos una convicción profunda, la Iglesia proclama una certeza que no se apaga: **Dios sigue invitando a todos a una existencia plena y dichosa**. Dios ama y, por eso, llama. Y como Dios siempre ama, siempre llama. No hay persona sin vocación. No hay vida sin un “para”.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

¿Podemos hacer algo mejor que ayudar a cada persona a descubrir y alcanzar la plenitud de vida a la que es llamada? Esta es la tarea más urgente y hermosa de la Iglesia hoy.

4 Vocación y misión: un único dinamismo

Existe un nexo profundo e irrenunciable que une vocación y misión. Son realidades distintas, pero tan unidas que a veces parecen intercambiables. Por eso podemos afirmar: Una Iglesia misionera es una Iglesia vocacional. Una Iglesia vocacional es una Iglesia misionera.

Dios llama por amor y envía para extender el amor. La llamada que toca el corazón se convierte en mandato. La misión no es otra cosa que inundar el mundo de fe, amor y esperanza.

La misión es el corazón de nuestra identidad. No “tenemos” una misión: somos misión, que tanto gustaba repetir al papa Francisco. No existimos para nosotros mismos, sino para los demás. Los talentos recibidos no son para nuestro bienestar, sino para el servicio. «Tu vocación no consiste solo en las actividades que tienes que hacer... es un camino que dirigirá muchos esfuerzos y acciones hacia una dirección de servicio» (ChV 255).

5 Vocación, carismas y ministerios: un pueblo llamado

La vocación es la llamada a participar en la obra creadora de Dios, aportando al bien común desde las capacidades recibidas (cf. ChV 253). Los carismas son dones del Espíritu para renovar y edificar la Iglesia, orientados siempre hacia la evangelización (cf. EG 130). Los ministerios son formas visibles de servicio indispensable para la comunidad (cf. *Antiquum ministerium* 2).

Somos un pueblo vocacional por gracia: porque hemos sido amados y, por eso, llamados. El Señor respeta nuestra libertad, pero espera que

Capítulo III. “Del “quién soy” al “para quién soy” Una Iglesia vocacional y misionera

dejemos que toque nuestro corazón. «Se podría decir que, en último término, yo soy mi corazón, porque es lo que me distingue, me configura en mi identidad espiritual y me pone en comunión con las demás personas» (*Dilexit nos* 14).

Toda vocación nace en Dios, toca el corazón en un contexto concreto y es para el bien del mundo. No es un traje que uno se prueba, sino el pleno florecimiento del propio ser. Ninguna vocación madura sin un encuentro personal con Cristo, como Pablo en el camino de Damasco, cuando “le alcanzó Cristo el Señor” (cf. Flp 3,12).

6 Una Iglesia que acompaña el paso del “quién soy” al “para quién soy”

Toda vocación tiene un “para”: una finalidad, un sentido, un proyecto. «La vocación es reconocer para qué estoy hecho, para qué paso por esta tierra, cuál es el proyecto del Señor para mi vida... Él debe indicarme la orientación de mi vida porque es mi Creador, mi alfarero» (ChV 256).

Por eso, la Iglesia está llamada a ser:

- Casa donde cada uno descubre que es amado y llamado.
- Escuela donde se aprende la gramática de la existencia.
- Comunidad que acompaña, sostiene y envía.
- Familia donde cada vocación encuentra su lugar en la sinfonía del Pueblo de Dios.

Una Iglesia vocacional y misionera es aquella que ayuda a cada persona a pasar del “quién soy” al “para quién soy”, del yo cerrado al yo entregado, del miedo a la confianza, de la dispersión al proyecto, del aislamiento a la comunión.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

La pregunta “¿para quién soy?” es la puerta de la vocación y el motor de la misión. Somos para Dios y somos para los demás. Somos llamados, amados y enviados. Somos misión.

Que el Espíritu nos conceda la valentía de abandonar los trenes que nos alejan de Dios y del hermano, y nos permita encontrar a Cristo en el abrazo de aquellos a quienes somos enviados. Que nuestra diócesis sea una Iglesia vocacional y misionera, donde cada vida pueda descubrir su “para” y ofrecerlo como don para el mundo.

7 Por una cultura vocacional

La Iglesia y el mundo necesita hoy una cultura vocacional que permita a cada persona descubrir que su vida no es un proyecto aislado, sino una historia llamada a abrirse a Dios y a los demás. En un mundo donde la identidad se construye muchas veces desde la autosuficiencia o la búsqueda inmediata de bienestar, urge recuperar un modo de mirar la existencia que reconozca la vida como don y misión. Podemos preguntarnos: ¿cuáles son hoy los criterios por los que los jóvenes eligen la profesión –estudios- a la que quieren dedicarse de por vida? La vocación no surge por generación espontánea: nace en un ambiente que favorece la escucha, la gratitud y la disponibilidad.

Esta cultura se edifica cuando la comunidad cristiana transmite una visión de la persona fundada en el Evangelio, capaz de mostrar que la plenitud humana se alcanza respondiendo a una llamada y no encerrándose en uno mismo. En ella se aprende a valorar la diversidad de vocaciones eclesiales como expresiones complementarias de un mismo Espíritu: el matrimonio cristiano como camino de santidad, el compromiso laical como servicio al mundo, la vida consagrada como signo profético y el ministerio sacerdotal como entrega pastoral.

Para que esta cultura sea fecunda, es necesario cuidar los procesos de iniciación cristiana, educar en la interioridad, ofrecer experiencias de gracia que toquen el corazón, acompañar los procesos de discernimiento y

Capítulo III. “Del “quién soy” al “para quién soy” Una Iglesia vocacional y misionera

vivir la Iglesia como espacio donde las vocaciones se reconocen y se sostienen mutuamente. También exige formar personas capaces de salir de sí mismas, asumir responsabilidades, perseverar en los procesos, aceptar la propia fragilidad y arriesgar por aquello que merece la pena. Solo así podrá surgir un verdadero “sujeto vocacional”, alguien que comprende que su vida es respuesta y don.

8 El testimonio de los santos, maestros de la vocación

La tradición espiritual de la Iglesia es un tesoro inmenso. En ella encontramos maestros que han vivido la vocación con profundidad y que nos ofrecen claves para comprenderla.

El papa Benedicto XVI decía: “El futuro de la Iglesia vendrá solo de aquellos que tengan fuertes raíces y vivan con plenitud la propia fe. No vendrá de los que solo dan recetas. No vendrá de los que se adecuan al momento. Vendrá de los nuevos santos”. Los santos son los mejores intérpretes del tiempo presente y descubren antes que los demás la manera de seguir a Jesús en cada época. Como nos recuerda el propio papa Benedicto, citando al Pseudo-Rufino, “el género humano subsiste gracias a unos pocos; si ellos desaparecieran, el mundo perecería” (SpS 15). (cf. Ponencia final del Congreso). Cada uno de ellos ilumina un aspecto de la llamada divina y de la respuesta humana.

8.1. San Agustín: la inquietud del corazón llamado por Dios

San Agustín es el gran maestro de la inquietud vocacional. Su vida es un testimonio de búsqueda, de preguntas, de deseo. “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”. La vocación nace de esa inquietud: del corazón que no se conforma, que busca la verdad, que desea la plenitud. Agustín nos enseña que la vocación es un camino interior, una peregrinación del corazón hacia Dios. La llamada divina se experimenta como una atracción, como una luz que ilumina la vida, como una voz que despierta el alma.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

8.2. Nuestros místicos: Santa Teresa de Jesús y Juan de la Cruz: la amistad con Dios que transforma la vida

Santa Teresa de Jesús es maestra de la vida espiritual y de la vocación como amistad con Dios. Para ella, la vocación nace del trato íntimo con el Señor. La oración es el lugar donde se descubre la llamada y donde se fortalece la respuesta. Teresa enseña que la vocación es una historia de amor: Dios busca al alma, la invita a entrar en su castillo interior, la conduce por caminos de purificación y de unión. La vocación teresiana es profundamente afectiva: es dejarse amar y aprender a amar.

San Juan de la Cruz profundiza en la dimensión mística de la vocación. Para él, la llamada divina es una invitación al amor pleno, a la unión transformante con Dios. La vocación es un camino de despojo, de libertad, de entrega total. Juan nos recuerda que la vocación no es solo misión, sino también comunión. El alma llamada por Dios es conducida a la noche oscura para ser purificada y preparada para la unión. La vocación es, en definitiva, un camino hacia la plenitud del amor.

8.3. San Ignacio de Loyola: discernimiento y misión

San Ignacio de Loyola es el gran maestro del discernimiento. Su experiencia espiritual le llevó a comprender que la vocación se descubre en el movimiento interior del alma: en las consolaciones y desolaciones, en los deseos profundos, en la paz o la inquietud. Ignacio enseña que la vocación requiere atención, examen, acompañamiento. No se trata de elegir lo que más gusta, sino lo que más conduce al servicio de Dios y al bien de los demás. La vocación ignaciana es siempre misionera: “en todo amar y servir”.

8.4. Charles de Foucauld, Teresa de Calcuta, Carlo Acutis: ejemplos contemporáneos

La historia reciente ofrece ejemplos luminosos de vocación vivida con radicalidad. Charles de Foucauld descubrió su vocación en la imitación de

Capítulo III. **“Del “quién soy” al “para quién soy”** Una Iglesia vocacional y misionera

Jesús pobre y humilde. Su vida escondida en Nazaret y en el desierto es testimonio de una llamada a la sencillez y a la fraternidad universal.

Santa Teresa de Calcuta vivió la vocación como servicio a los más pobres entre los pobres. Su entrega incansable, su capacidad de ver a Cristo en cada persona, su fidelidad en medio de la noche espiritual, son un ejemplo de vocación concreta y encarnada.

Carlo Acutis, joven de nuestro tiempo, muestra que la vocación no es solo para adultos ni para especialistas. Su vida sencilla, su amor a la Eucaristía, su creatividad evangelizadora, su alegría contagiosa, revelan que la vocación puede vivirse en la escuela, en la familia, en la amistad, en la vida digital. Carlo nos recuerda que la santidad es posible hoy, que la vocación es actual, que Dios sigue llamando.

8.5. Nuestros santos. Maravillas de Jesús, Benito Menni, Faustino Míguez

En nuestra diócesis resplandece un tesoro de santidad que ilumina el camino vocacional: Maravillas de Jesús, Benito Menni y Faustino Míguez. Cada uno, en su tiempo y misión, encarna el paso del “quién soy” al “para quién soy”.

Santa Maravillas de Jesús vivió totalmente orientada a Dios, haciendo de su existencia una ofrenda silenciosa y fecunda. Su vida contemplativa, arraigada en la confianza absoluta, muestra que la vocación es dejar que Dios sea todo en nosotros.

San Benito Menni, en su vocación hospitalaria, entendió que la llamada se concreta en sanar heridas y acompañar el sufrimiento. Su caridad creativa revela que la vocación es siempre servicio.

San Faustino Míguez, fundador y buscador incansable, descubrió en la educación de las niñas un campo privilegiado para la misión. Su pasión por la verdad y la ciencia demuestra que la vocación transforma el mundo desde dentro.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

9 La vocación como respuesta concreta en la vida cotidiana

Todo lo dicho, nos recuerda que la vocación es una forma concreta de vivir. Se encarna en decisiones, en gestos, en relaciones, en compromisos. La llamada de Dios se hace presente en la vida diaria: en el trabajo, en la familia, en la parroquia, en el estudio, en el descanso, en el sufrimiento, en la alegría.

Responder a la vocación significa vivir con sentido, con misión, con entrega. Significa preguntarse cada día: “Señor, ¿qué quieres de mí hoy?”. La vocación se expresa en la fidelidad a las responsabilidades, en la generosidad con los demás, en la búsqueda de la justicia, en la oración perseverante, en la participación en la vida de la comunidad. No es necesario esperar grandes momentos: la vocación se vive en lo pequeño.

La vocación es también camino de libertad. Dios no impone, invita. La respuesta es libre, y esa libertad es parte esencial de la llamada. La vocación no esclaviza, sino que libera: permite vivir según la verdad profunda de uno mismo, según el designio amoroso de Dios.

Finalmente, la vocación es camino de alegría. No una alegría superficial, sino la alegría profunda de saberse amado, llamado, enviado. La vocación da unidad a la vida, ilumina las decisiones, fortalece en las dificultades, sostiene en la prueba. Quien vive su vocación vive en plenitud.



Capítulo IV

Testimonio de vida y libertad. Los nuevos beatos de la Diócesis

Entre los testigos cuya memoria hemos contemplado en el capítulo precedente, deseo ahora detener la mirada en aquellos jóvenes a quienes Dios llamó con fuerza en los primeros años de su vida. Ellos, con la radicalidad sencilla del estilo apostólico, dejaron atrás todo lo que eran y todo lo que tenían para seguir al Señor sin reservas. Y lo siguieron hasta el extremo del amor, compartiendo con Él no solo el camino, sino también el destino: la entrega total de la vida. En ellos, nuestros mártires, resplandece la vocación llevada a su plenitud.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

La vida cristiana nace siempre de un don: Cristo ha venido para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (cf. Jn 10,10). En la alegoría del Buen Pastor, el Señor revela que esa vida plena se comunica en la entrega, en la fidelidad y en la libertad interior de quien se sabe amado. Por eso, desde los primeros siglos, la Iglesia ha visto en el testimonio de los mártires la expresión más alta de esa vida recibida y ofrecida. Cuando san Luis, en su lecho de muerte en Túnez, dictó su testamento espiritual, recomendó a su hijo: «Has de estar dispuesto a sufrir toda clase de martirios antes de cometer pecado mortal» (S. Luis de Francia, *Testamento espiritual a su hijo*. Del Oficio de lecturas de su memoria). Podrían parecer palabras del pasado, de un estilo impropio de nuestra época. Pero, sin embargo, revelan un aspecto fundamental del cristianismo: no debemos tener miedo a testimoniar a Cristo, aunque eso haga que seamos percibidos como fuera del mundo. Hemos conocido el amor de Dios y sabemos que la santidad no es un imposible, sino un camino. Por ello, los santos son una gran ayuda para cualquier tipo de vocación cristiana.

El Concilio Vaticano II actualizó estas palabras, y la de tantos otros en la tradición, cuando puso de manifiesto que todo creyente debe estar dispuesto a confesar a Cristo hasta el derramamiento de sangre (cf. LG 42). Lo hace como colofón del capítulo de *Lumen Gentium* que trata sobre la vocación universal a la santidad. El cristiano no rehúye las dificultades ni idealiza la existencia: sabe que un estilo evangélico puede suscitar incomprendiones, tensiones e incluso persecución. El martirio es el testimonio supremo del amor, prolongación de la entrega total de Cristo por nosotros. Nos recuerda que la santidad consiste en seguir a Cristo, permanecer con Él; y que Cristo está en la cruz, donde podemos encontrarlo y abrazarlo. La historia de la Iglesia no ha estado nunca exenta de persecuciones, pero cada una de ellas ha sido ocasión para que los discípulos se asemejen más al Maestro. De ahí la importancia del testimonio de los mártires.

Las historias de los mártires, especialmente las de los más cercanos a nosotros, no pueden dejar de provocarnos. El papa, en el mes de abril, nos recordaba que el martirio es el nivel más alto de la santidad, la representación más alta de caridad (cf. León XIV, Audiencia General (8-IV-2026). Los mártires no son héroes ni seres perfectos: son hombres tocados por Cristo, que respondieron con amor en medio de sus luchas y fragilidad.

Capítulo IV. Testimonio de vida y libertad.

Los nuevos beatos de la Diócesis

des. La caridad es el corazón de la santidad a la que estamos llamados, y que se puede vivir en cualquier situación. Cada vez que damos señales de fe, vivimos el amor en la sociedad o nos comprometemos por la justicia, respondemos a la llamada a vivir la gracia de Dios y nos conformamos a Cristo.

Por ello, nuestra condición pecadora no nos excusa de buscar la santidad, vivir un camino de perfección evangélica; al contrario, nos impulsa a confiar en Dios para convertirnos y vivir disponibles para la misión que Él nos encomienda. La vocación no es solo una cuestión práctica —dónde y con quién entregar la vida—, sino un dinamismo interior: dejarnos renovar por el Espíritu para responder con amor al Amor. Más aún, el testimonio de los mártires es un aliciente para cada uno de nosotros.

Los mártires, por lo tanto, no son autorreferenciales, son testigos de una integridad a la que nosotros aspiramos. Es ese “dar testimonio” lo que nos atrae, lo que nos toca el corazón. Es una declaración sobre la verdad, una afirmación de *lo que es*. Por eso, no debe considerarse desde un sentido negativo ni reivindicativo. San Cipriano acuñó en el siglo III una expresión que después utilizaría san Agustín: «No es la pena o el sufrimiento lo que hace al mártir, sino la causa» (*“Martyrem non facit poena sed causa”* -reco-gido por S. Agustín en *Enarrationes Ps. 34*). Todos los mártires de todas las épocas han dado su vida por la verdad, y en nosotros deben despertar el deseo de buscarla y vivirla.

En nuestra diócesis, junto a las diócesis hermanas de Madrid y Alcalá, tendremos la gran alegría de celebrar la beatificación de un grupo de mártires vinculados al Seminario Conciliar de Madrid durante la persecución religiosa del siglo XX. De los 11 nuevos beatos, 4 pertenecen a lo que actualmente es la diócesis de Getafe. Quisiera compartir una breve semblanza de sus vidas, esperando que en este curso podamos acercarnos más a ellos¹.

1 Para un mayor conocimiento de esta causa de mártires ver: M. V. HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *El beato Ignacio Aláez Vaquero y compañeros de Madrid, entre los 110 seminaristas del siglo XX en España* (Madrid, Encuentro, 2026).



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Ángel Trapero Sánchez Real (1916 1936)

Natural de Navalcarnero, nacido el 23 de junio de 1916 en una familia acomodada, su padre, Juan Trapero, segoviano, era relojero. Su madre, Sabina Sánchez-Real, era natural de San Martín de Valdeiglesias. No tenemos datos de la infancia de Ángel hasta el inicio de sus estudios eclesiásticos en Madrid, en cuyo Seminario se matricula por vez primera en segundo de latín. Antes debió cursar primero en algún otro seminario del que no tenemos noticia. En el Seminario Conciliar de la Inmaculada y san Dámaso cursó siete años: tres de latín y humanidades, tres de filosofía y uno de teología. Sus calificaciones son sobresalientes. En su formación colaboran don Rafael García Tuñón, rector, y don José María García Lahiguera, director espiritual. No hay duda de que la reciedumbre de ellos recibida fue pieza clave para afrontar la persecución religiosa ocurrida también en su pueblo natal cuando llega allí en julio de 1936, finalizado el curso.

El 11 de octubre la casa de don Juan Trapero recibe una desagradable visita: un grupo de milicianos practica un registro en su domicilio. Se llevan consigo dinero, joyas y a su hijo Ángel por ser seminarista. Lo trasladan a la checa de García Atadell, donde está dos días, y luego a la cárcel de Porlier. El 9 de noviembre fue sacado junto a otros treinta y un reclusos y ejecutado.

Finalizada la contienda, el cadáver de Ángel pudo ser identificado gracias a unas fotografías y su cuerpo fue trasladado al panteón familiar del cementerio de Navalcarnero. El 7 de diciembre de 2017 los restos del siervo de Dios fueron depositados en la capilla del Seminario de Madrid, bajo el retablo de San Dámaso.

Miguel Talavera Sevilla (1918-1936)

Nació el 29 de septiembre de 1918 en Boadilla del Monte, el primero de los tres hijos del matrimonio formado por Ángel Talavera y Matilde Sevilla. Es formado en las fuertes convicciones cristianas que viven sus padres y, en el plano académico, acude a la escuela del pueblo, dedicando el tiempo libre a las tareas propias de una familia de agricultores. Tras recibir la pri-

Capítulo IV. Testimonio de vida y libertad.

Los nuevos beatos de la Diócesis

mera comunión, Miguel comenzó a ayudar a Misa como monaguillo. Están destinados en este momento en Boadilla varios sacerdotes para atender no solo la parroquia, sino los dos monasterios de vida contemplativa que existen en el pueblo. En este contexto nace su deseo de consagrarse a Dios como sacerdote. Su párroco es, sin lugar a dudas, quien lo prepara para su ingreso en el Seminario Conciliar de Madrid, hecho que ocurre en septiembre de 1929. Hasta 1936 transcurren siete cursos, durante los que Miguel estudia cuatro de latín y tres de filosofía.

Finalizado el curso, Miguel regresó a casa, desde donde es testigo de la persecución que sufre la Capital. En la acusación contra Miguel, que provoca su detención consta “haber sido seminarista”. No hay otra causa para la detención. Tan solo se refieren a él como seminarista, y en alguna ocasión, y por error, lo llaman fraile. Desde este momento, los datos sobre el destino de Miguel comienzan a ser confusos. No se puede precisar ni el lugar ni la fecha exacta de su asesinato. Este se sitúa en torno al 9 de octubre de 1936. Miguel pudo ser llevado «al alto de la cuesta de las Perdices, antes de llegar a Aravaca, según declaración del tío de Miguel, que tuvo ocasión de preguntar sobre estos datos a un miliciano. Pudo también ser asesinado en el monte de Boadilla. Su cadáver no ha podido ser hallado.

Pablo Chomón Pardo (1914-1936)

Nacido en Quintanilla de Escalada (Burgos) el 25 de septiembre de 1914. Sus padres fueron Guillermo Chomón Ruiz, jornalero, y Petra Pardo Pernía, llegada a Quintanilla cuando aún era una niña, junto a su hermano sacerdote, Julio Pardo. Pablo vivió una infancia marcada por dificultades familiares. Su tío sacerdote, D. Julio, fue decisivo en su vocación.

Los problemas familiares, por la difícil relación entre sus progenitores, fueron insalvables. Siendo aún muy pequeños, la madre toma a sus hijos, Lorenzo y Pablo, y se va a Madrid; se instalaron en la calle de Maldonado, en casa de una hermana, Ángela, y un cuñado, Abundio. Los hijos de estos, Pedro Martínez Pardo, sacerdote en Madrid, y Teodosio, seminarista, les facilitan las cosas a Pablo y a Lorenzo para su ingreso en el Seminario Conciliar de Madrid. Pablo estudió en este centro 12 años, entre los cursos 1924 y 1936. Petra, su madre, volvió a cambiar de domicilio. Esta vez,



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

aprovechando que D. Julio, su hermano sacerdote, vino a Madrid como confesor de las Hermanas Hospitalarias de Ciempozuelos, se fue a vivir con él.

En julio de 1936, ya acólito, fue a Ciempozuelos para pasar las vacaciones con su madre y su tío. Pudieron vivir con cierta normalidad hasta el 2 de agosto, pero el 6 son llevados a la cárcel de la Iglesia parroquial hasta que, el 7, son asesinados en el término municipal de Valdemoro. Fueron inhumados en una fosa común en el cementerio municipal de Valdemoro, hasta su traslado, sin individuar, a la Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos.

Julio Pardo Pernía (1873 1936)

Fue como un padre para Pablo. Ordenado presbítero en Burgos el 8 de junio de 1895. Inició su actividad pastoral en la parroquia de Valles de Palenzuela y en 1897 fue nombrado párroco de san Miguel de Quintanilla de Escalada, donde se hizo cargo también del colegio-preceptoría, que ofrecía la posibilidad de estudiar latín y humanidades como preparación para ingresar en el Seminario diocesano. Su celo pastoral lo llevó a crear también una Asociación dedicada a la catequesis y a las misiones populares.

Por la situación política del momento, D. Julio se traslada a Madrid, donde es nombrado confesor de las Religiosas Hospitalarias de Ciempozuelos. La buena reputación de D. Julio, y su fama de santidad fue percibida incluso por los que le causarán la muerte más adelante, quienes lo describieron a una de las hermanas Hospitalarias diciendo: *tienen ustedes por confesor a un santo*.

El resto de su vida transcurrió paralela a la de Pablo, su sobrino seminarista. Ambos entregaron su vida en Valdemoro. Siendo D. Julio una persona hasta cierto punto desconocida en la diócesis, también su nombre aparece en la lista de nuevos beatos.

Los cuatro nuevos beatos de nuestra diócesis son una oportunidad para renovar nuestra condición cristiana. No es tanto el dolor que sufrieron lo

Capítulo IV. **Testimonio de vida y libertad.**

Los nuevos beatos de la Diócesis

que nos conmueve, sino el amor con el que se entregaron. Podemos unirnos a la voz de la Iglesia, que nos invita a rezar pidiendo «que amemos lo que los santos amaron» (Oración colecta de la fiesta de san Lorenzo).

Su testimonio nos ayuda a comprender que la vida cristiana es vocación, llamada a la santidad, invitación a preguntarnos cada día: «Señor, ¿qué quieres de mí?». Esta pregunta nos invita en este momento de gracia, a repensar la pastoral de la vocación y de las vocaciones en nuestra diócesis, apostando decididamente por una auténtica cultura vocacional.



Capítulo V

Una pastoral de la vocación y de las vocaciones en nuestra Diócesis

Como hemos venido reflexionando a lo largo de esta carta, y ahora nos gustaría concretar, la pastoral vocacional es, en su raíz más profunda, un acto de fe en la iniciativa de Dios y en la fecundidad de su gracia. No nace de estrategias humanas ni de cálculos sociológicos, sino de la certeza de que el Señor sigue llamando, sigue pronunciando nombres, sigue confiando su misión a hombres y mujeres concretos. En nuestra diócesis de Getafe, esta convicción se ha visto renovada por el testimonio luminoso de los seminaristas. A la luz de este acontecimiento, y acogiendo los desafíos que presenta nuestra pastoral hoy, quiero ofrecer una reflexión amplia y concreta sobre cómo vivir una pastoral de la vocación que sea verdaderamente diocesana, comunitaria, misionera y fecunda.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

En este sentido nos decía el Papa a los obispos en su visita a la sede de la Conferencia Episcopal. “La pastoral vocacional no puede reducirse a una simple búsqueda de números. Esta nace de comunidades vivas, de sacerdotes felices, de familias capaces de testimoniar la belleza de la fidelidad, de una Iglesia que sabe mostrar con sencillez que seguir a Cristo no empobrece la existencia, sino que la expande. Donde el Evangelio es vivido con alegría, servicio y comunión, también la llamada del Señor puede ser nuevamente escuchada como promesa de vida”.

1 Principios fundamentales de una pastoral vocacional diocesana

La pastoral vocacional no es una tarea reservada a unos pocos, ni un departamento especializado dentro de la estructura eclesial. Es una dimensión constitutiva de la vida de la Iglesia, porque la Iglesia es, en sí misma, una comunidad convocada y enviada. Por eso, los principios que la sostienen deben ser asumidos por todos, desde los pastores hasta los fieles laicos, desde las parroquias hasta los movimientos, desde las familias hasta los colegios.

1.1. Toda comunidad es responsable de suscitar vocaciones

La vocación nace en el corazón de Dios, pero germina en el seno de una comunidad. Ningún joven descubre la llamada de Cristo en el vacío. Necesita un ambiente donde la fe se viva con alegría, donde la oración sea habitual, donde la caridad sea visible, donde la vida cristiana tenga sabor de autenticidad. Una comunidad que vive de verdad el Evangelio se convierte, casi sin proponérselo, en un semillero de vocaciones.

Por eso, cada parroquia, cada familia, cada grupo, cada colegio debe preguntarse: ¿somos un lugar donde un joven puede escuchar la voz de Dios? ¿Somos un espacio donde la llamada de Cristo puede resonar con claridad? ¿Somos un hogar donde la vocación pueda ser acompañada, discernida y sostenida?

Capítulo V. **Una pastoral de la vocación y de las vocaciones** en nuestra Diócesis

La responsabilidad es compartida. No es solo del obispo, del párroco, ni solo del equipo de pastoral vocacional, ni solo del Seminario. Es de todos. La vocación es un don para la Iglesia entera, y la Iglesia entera debe cuidarla.

1.2. La pastoral vocacional es transversal a toda acción pastoral

La vocación es una dimensión que atraviesa todas las acciones pastorales: la catequesis, la liturgia, la caridad, la pastoral familiar, la pastoral juvenil, la educación, la misión. Allí donde la Iglesia actúa, allí debe resonar la pregunta vocacional: “Señor, ¿qué quieres de mí?”.

Una catequesis sin horizonte vocacional corre el riesgo de convertirse en mera transmisión de contenidos. Una pastoral juvenil sin propuesta vocacional se queda en animación. Una pastoral familiar sin apertura a la vocación se reduce a acompañamiento afectivo. Una liturgia sin conciencia vocacional pierde su dinamismo misionero. La transversalidad es esencial: la vocación debe estar presente en todo, como un hilo dorado que recorre la vida de la Iglesia.

2 Sugerencias concretas para una pastoral vocacional viva

La pastoral vocacional no se sostiene solo con principios; necesita acciones concretas, visibles, encarnadas. A continuación, se presentan algunas líneas de trabajo que pueden ayudar a fortalecer esta dimensión en nuestra diócesis.

2.1. Impulso de la oración por las vocaciones

La oración es el alma de la pastoral vocacional. Jesús lo dijo con claridad: «*Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies*» (Mt 9, 38). La oración no es un complemento; es el fundamento. Sin oración, la pastoral vocacional se convierte en activismo. Con oración, se convierte en fecundidad.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

En la diócesis podemos promover:

- Pedir en cada Eucaristía y en la Liturgia de las horas una petición por las vocaciones
- Horas santas vocacionales;
- Ofrecer el rosario por las vocaciones;
- Adoración continua en algunas parroquias;
- Grupos de oración específicos.

2.2. Acompañamiento personal y espiritual de adolescentes y jóvenes

La vocación se descubre en el diálogo, en la escucha, en el acompañamiento. No basta con organizar actividades; es necesario ofrecer un acompañamiento personal, paciente, respetuoso y profundo. Los adolescentes y jóvenes necesitan ser escuchados, necesitan espacios donde puedan expresar sus inquietudes, sus dudas, sus deseos, sus heridas.

El acompañamiento vocacional debe ser:

- personal, porque cada historia es única;
- espiritual, porque la vocación es obra del Espíritu;
- continuado, porque el discernimiento requiere tiempo;
- eclesial, porque la llamada se verifica en la Iglesia.

Sacerdotes, religiosos y consagrados, matrimonios y laicos maduros pueden ejercer este acompañamiento, siempre con formación adecuada y con un profundo respeto por la libertad del acompañado.

2.3. Testimonios de sacerdotes, consagrados y matrimonios

El testimonio es insustituible. Un joven puede leer documentos, escuchar charlas, participar en actividades... pero pocas cosas impactan tanto como escuchar a alguien que ha dicho “sí” a Dios y que vive su vocación con alegría. Los testimonios deben ser frecuentes, variados, sinceros, cercanos.

Los sacerdotes pueden compartir cómo descubrieron la llamada, cómo viven su ministerio, qué les sostiene. Los consagrados pueden mostrar la belleza de la vida entregada. Los matrimonios pueden explicar cómo la vocación matrimonial es también una llamada divina, una misión, una entrega.

Pero, sobre todo, hay que agradecer cada día la propia vocación, e intentar vivirla gozosamente. La alegría es un medio fundamental en toda pastoral vocacional.

2.4. Promoción del Seminario como corazón de la diócesis

El Seminario es el corazón de la diócesis. Allí se forman los futuros sacerdotes, allí se cultiva la vocación, allí se prepara el futuro de la Iglesia. Por eso, es esencial promover el conocimiento y el cariño hacia el Seminario.

Esto puede hacerse mediante:

- visitas de grupos parroquiales;
- jornadas de puertas abiertas;
- encuentros con seminaristas;
- difusión de materiales sobre la vida del Seminario;
- presencia de los formadores en actividades diocesanas.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

2.5. Jornadas vocacionales en colegios, parroquias y movimientos

La vocación necesita ser anunciada. Muchos jóvenes nunca han escuchado hablar de la vocación sacerdotal o consagrada de manera positiva, profunda y atractiva. Por eso, es fundamental organizar jornadas vocacionales en colegios, parroquias y movimientos, donde se presenten las distintas vocaciones de la Iglesia y donde los jóvenes puedan conocer testimonios reales.

Estas jornadas pueden incluir:

- charlas motivadoras;
- dinámicas de discernimiento;
- encuentros con sacerdotes, consagrados y matrimonios;
- momentos de oración;
- talleres sobre la vocación cristiana.

2.6. Integración de las familias en el discernimiento vocacional

La familia es el primer lugar donde se escucha la llamada de Dios. Muchas vocaciones nacen en hogares donde la fe se vive con naturalidad, donde se reza juntos, donde se habla de Dios sin miedo. Por eso, es fundamental integrar a las familias en el discernimiento vocacional.

Esto implica:

- ofrecer formación a los padres sobre cómo acompañar a un hijo que siente inquietud vocacional;
- crear espacios de diálogo entre familias y formadores;
- promover encuentros familiares en el Seminario;
- ayudar a superar miedos y prejuicios.

2.7. Creación de un Servicio de Pastoral Vocacional diocesano (SPVd)

Este servicio debería contar con un equipo —formado por sacerdotes, religiosos y laicos— dedicado a promover la vocación en todas sus formas. Su misión es dinamizar a la comunidad diocesana, proponiendo iniciativas, acompañando procesos, y manteniendo viva la llama vocacional, en la línea de los que indicó el Sínodo sobre los jóvenes: “Además, hay una exigencia de trabajar juntos con la pastoral familiar, educativa, cultural y social en torno a la construcción del proyecto personal de vida de cada bautizado». En todas partes emerge una búsqueda sincera de una mayor coordinación, sinergia e integración entre los distintos ámbitos pastorales, cuyo objetivo común es ayudar a todos los jóvenes a alcanzar la «plenitud de Cristo» (Ef 4,13)” (Instrumentum Laboris del Sínodo de los jóvenes 209).

Estos equipos pueden:

- organizar momentos de oración por las vocaciones;
- ayudar en el acompañamiento de jóvenes que muestran inquietudes espirituales;
- promover actividades vocacionales en las parroquias y otras realidades eclesiales;
- organización de actividades vocacionales (jornadas, peregrinaciones, etc.);
- Publicación de materiales formativos y testimoniales;
- mantener contacto con el Seminario y con la Delegación diocesana.

La pastoral vocacional es una tarea hermosa y exigente. Requiere oración, creatividad, paciencia, audacia y unidad. Requiere comunidades vivas, familias creyentes, jóvenes generosos, sacerdotes y consagrados alegres y entregados. Requiere una diócesis que crea de verdad que Dios sigue llamando.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Que esta exhortación paternal del Pastor diocesano sea un punto de partida para un nuevo impulso vocacional en nuestra diócesis. Que el Señor, dueño de la mies, nos conceda muchas y santas vocaciones. Y que nosotros, como comunidad diocesana, sepamos acoger, acompañar y sostener la llamada que Dios sigue pronunciando hoy.



Conclusión

La llamada que Dios nos hace hoy

La Iglesia, desde sus primeros pasos, ha vivido siempre en clave de llamada. Nada en ella nace del cálculo humano, ni de la mera organización, ni de la simple continuidad histórica. Todo comienza cuando Dios pronuncia un nombre, cuando su voz atraviesa la vida concreta de una persona y la invita a entrar en una historia más grande que la suya. Así fue con Abraham, con Moisés, con María, con los apóstoles, con los santos de todos los tiempos. Así es también hoy, aquí, en nuestra diócesis de Getafe. Por eso esta carta pastoral quiere terminar volviendo al origen de todo: **la llamada que Dios nos hace hoy**, en este tiempo concreto, con estos desafíos, con estas esperanzas, con estos dones que Él mismo ha sembrado en su pueblo.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Escuchar la voz de Dios en la propia vida

La primera tarea es siempre escuchar. No se trata de un acto pasivo, sino de una actitud profunda del corazón. Escuchar a Dios implica abrir espacios de silencio, permitir que su Palabra ilumine las decisiones, dejar que la vida sea interrogada por el Evangelio. En un mundo saturado de mensajes, donde cada día compite por nuestra atención, escuchar a Dios es un acto de libertad. Es elegir quién tiene la última palabra sobre nuestra existencia.

Dios habla en la Escritura, en la liturgia, en los sacramentos, en la comunidad, en los acontecimientos, en la conciencia. Pero sobre todo habla **en la historia personal de cada uno**, en ese lugar íntimo donde se entrelazan las alegrías y las heridas, los deseos y los miedos, las búsquedas y las certezas. Allí, en ese territorio único, Dios pronuncia una llamada que nunca es genérica, nunca es abstracta, nunca es igual a la de otro. Cada vocación es un milagro de singularidad.

Por eso, querido pueblo de Dios, os invito a deteneros, a escuchar, a preguntaros con sinceridad: *Señor, ¿qué quieres de mí? ¿Qué sueñas para mi vida? ¿Qué misión me confías en tu Iglesia?* No hay pregunta más fecunda, ni más transformadora.

La vocación dentro de la vocación: misión personal en la Iglesia

La vida cristiana es una vocación en sí misma: ser discípulos, vivir en Cristo, caminar en santidad. Pero dentro de esa vocación común, Dios abre caminos particulares, misiones concretas, tareas específicas que configuran la identidad de cada uno. Es lo que podríamos llamar **la vocación dentro de la vocación**.

Un sacerdote vive su vocación dentro de la vocación bautismal; lo mismo un matrimonio, un consagrado, un catequista, un joven que busca su camino, un anciano que sostiene la fe de su familia, un enfermo que ofrece su sufrimiento por la Iglesia. Todos, absolutamente todos, tienen una misión que nadie más puede realizar.

Descubrir esa misión no es un acto de introspección aislada, sino un proceso de discernimiento acompañado, iluminado por la comunidad, sostenido por la oración, confirmado por los frutos. La Iglesia no es un conjunto de funciones, sino un cuerpo vivo donde cada miembro tiene un lugar, una responsabilidad, una gracia. Cuando uno responde a su vocación, toda la Iglesia florece; cuando uno la descuida, toda la Iglesia se resiente.

Por eso esta carta quiere ser también una llamada a la valentía: **no tengáis miedo de preguntarle a Dios qué espera de vosotros**. No tengáis miedo de ofrecerle vuestra vida. Él nunca pide sin dar, nunca llama sin acompañar, nunca envía sin fortalecer.

Responder como comunidad diocesana: unidos, corresponsables, misioneros

La vocación no es solo un asunto personal. Es también un acontecimiento comunitario. Una diócesis que escucha la llamada de Dios se convierte en un pueblo en camino, unido, corresponsable, misionero. La pastoral vocacional no es tarea exclusiva del Seminario, ni de los sacerdotes, ni de los consagrados. Es tarea de todos: familias, parroquias, movimientos, colegios, comunidades religiosas, jóvenes, adultos, ancianos.

Responder como comunidad significa:

- **Unirnos** en la oración por las vocaciones, porque la llamada nace siempre en un clima de fe compartida.
- **Corresponsabilizarnos** en el acompañamiento de los jóvenes, porque nadie descubre su misión sin la ayuda de otros.
- **Ser misioneros**, porque la vocación surge allí donde la fe se vive con alegría, donde la Iglesia se muestra viva, donde el Evangelio se anuncia con convicción.



“Para que tengan vida”

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Una diócesis que vive en clave vocacional es una diócesis que respira esperanza. No mira el futuro con miedo, sino con confianza. No se lamenta por lo que falta, sino que agradece lo que Dios ya está haciendo. No se encierra en sí misma, sino que se abre a la misión.

Los mártires seminaristas: guía y estímulo para una Iglesia más entregada

En este camino, nuestros próximos mártires seminaristas se convierten en una luz que no podemos ignorar. Su vida sencilla, su formación humilde, su deseo de servir a Cristo, su entrega final, son un testimonio que nos interpela profundamente. Ellos escucharon la llamada de Dios y la siguieron hasta el extremo. No buscaron protagonismo, no aspiraron a honores, no se reservaron nada. Su vocación fue radical porque su amor fue radical.

Su martirio no es un recuerdo del pasado, sino una fuerza para el presente. Nos enseñan que la vocación es siempre don y misión, que la fidelidad es posible, que la entrega transforma, que la vida cristiana tiene un valor eterno. Nos recuerdan que la Iglesia nace de la sangre de los testigos, y que cada vocación es una respuesta a esa herencia.

Que ellos sean para nuestra diócesis **guía, estímulo, intercesores**, compañeros de camino. Que su ejemplo inspire a los jóvenes, fortalezca a los seminaristas, anime a los sacerdotes, consuele a las familias, renueve a toda la comunidad.

Envío para el nuevo curso pastoral

Con esta carta, queridos hermanos, quiero enviaros a un nuevo curso pastoral con el corazón lleno de esperanza. Dios sigue llamando. Dios sigue confiando. Dios sigue sembrando vocaciones en nuestra diócesis. No permitamos que esa semilla quede sin tierra, sin agua, sin luz.

Conclusión

La llamada que Dios nos hace hoy

Os envío en el nombre del Señor:

- Para que escuchéis la voz de Dios con un corazón disponible.
- Para que descubráis vuestra misión personal en la Iglesia.
- Para que viváis unidos, corresponsables y misioneros.
- Para que los mártires seminaristas iluminen vuestro camino.
- Para que la pastoral vocacional sea el latido de nuestra diócesis.

Que el Espíritu Santo abra oídos, encienda corazones y fortalezca voluntades. Que María, Madre de la Iglesia y modelo de vocación, nos acompañe. Que Cristo, Buen Pastor, nos guíe siempre.

Y que este nuevo curso pastoral sea un tiempo de gracia, de escucha, de respuesta y de misión para todos.



Diócesis de Getafe